

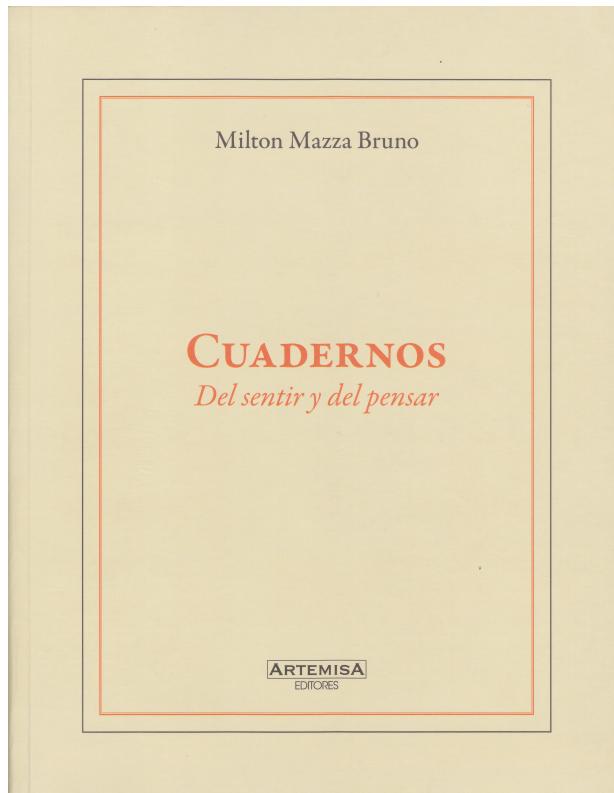
Milton Mazza Bruno. Un filósofo uruguayo y su generosa ofrenda de existencia

A propósito del libro de Milton Mazza Bruno, “Cuadernos. Del sentir y del pensar”, Artemisa Editores. 1a. Edición, setiembre de 2017. Montevideo, Uruguay. 316 páginas. ISBN: 978-9974-91-662-3

Augusto J. Müller Gras

He tenido el alto honor de haber sido convocado, a fines del año pasado, para ser uno de los presentadores de la opera prima filosófica de Milton Mazza Bruno, en el evento de lanzamiento y ante la Academia Nacional de Medicina del Uruguay. De inmediato se nota, el autor y su obra son una misma cosa, una misma existencia. Milton está en su libro, es su libro. Cada párrafo, cada profunda reflexión inscrita en el texto es parte de su ser, que generosamente pone a nuestra disposición para brindar algo más de luz en nuestra propia, a veces tan oscura y patética realidad. Esto hace ineludible referirme también a él, indisolublemente.

El libro, este lúcido compendio de pensamientos, no es más que la culminación material imperecedera de las reflexiones de toda una vida prolífica en meditación y en acción. Sólo una inexplicable modestia le impidió concretarlo antes. En una etapa de la vida en la que nadie piensa en otra cosa que no sea jugar y correr, Milton, además, era convocado a iniciar su ininterrumpida incursión por los difíciles ámbitos del pensamiento filosófico profundo. Así fueron su niñez, su adolescencia, su juventud, su madurez, afortunadamente para todos los que hoy lo acompañamos y hemos aprovechado sus incansables enseñanzas. En este irrefrenable impulso por saber y comprender se vinculó desde siempre, buscando superar la menguada oferta nacional, con filósofos contemporáneos de la talla de Marc Richir -con el cual colaboró en la traducción al castellano de algunos escritos originales, que fueron



233

Marzo
2018

publicados luego en Eikasia: <http://revistadefilosofia.com/47-24.pdf> -, Pierre Trotignon y Pablo Posada Varela, entre otros.

Esta irrefrenable y precoz vocación no le impidió, a la vez, destacarse en una carrera que parece estar tan distante de la filosofía dura, la profesión de la medicina, la cirugía, la cirugía vascular. Fue en esas circunstancias, a inicios del ya tan lejano año de 1982, cuando lo conocí, siendo yo un novel practicante interno, incipiente y vacilante proyecto de cirujano, y él, un avezado, diestro y experto profesor agregado de la disciplina. En esos tan gratos tiempos tuve ocasión, al igual que muchos colegas, de aquilar el valor de Milton como médico, como docente y como persona, de actuar versado, cristalino, ético, y siempre dirigido a la excelencia y a lo que, ahora entiendo, era “*la búsqueda de la verdad en la medicina*”, en el amplio sentido de la expresión. Desde ese momento, todos los que fuimos sus alumnos, nos percatamos de la solidez de su argumentación en las controversias clínicas y de la lógica cristalina de sus aseveraciones cotidianas. Ya en esa lejana época se vislumbraba un objetivo esencial en su actuar, adicional al de formarnos técnicamente en una profesión. Aprender a pensar y a actuar bien, nada menos, era lo que quería inculcarnos con pasión. Estas fueron las bases de una prolongada y firme amistad, y las metas constantes en su proyecto de vida, que supo contagiar a muchos de nosotros desde el inicio. Por eso generó ya en aquél momento, aunque quizá él no lo haya notado al principio, un extenso grupo de seguidores intelectuales, que veían en él un liderazgo espontáneo y natural y una imagen a emular.

Esas características serían el sustento básico de lo que muchos años después manifestaría abiertamente en una nueva dimensión, alejada (¿alejada?) de la práctica médica, su predica filosófica, su enseñanza mayéutica, cristalizada hace casi 15 años cuando creó su grupo de lectura y reflexión filosófica, que se denominó poco después ZÊTÈSIS, buscando reflejar en este término griego el ánimo obsesivo y constante de búsqueda e investigación en pos de la claridad, la elucidación de la inalcanzable verdad absoluta, que caracterizaría desde el inicio la actividad allí desplegada, y que persiste en el grupo cada vez con más entusiasmo hasta el momento actual. Seguía así una profunda e irrefrenable pulsión interior -la misma que lo llevó a concebir y crear este libro, en un proceso genético muy prolongado y meditado, eterno e inacabado-.

Siempre sintió la sana necesidad de enseñar. Tuve la fortuna de poderlo acompañar desde el inicio en este generoso proceso de compartir y ofrecer, libre, desinteresada y abiertamente, su saber y su reflexión. De aquellos lejanos tiempos proviene, a la par que el reconocimiento y la admiración académica, la sorpresa y la alegría de estar ante una mente diferente y superior, plasmadas en algunas anécdotas que vale la pena recordar brevemente, porque hacen a comprender su esencia como persona. En una ocasión, ante las máximas autoridades de la Facultad de Medicina de la Universidad de la República, que no atinaban a entender cuál era la causa de los resultados largamente subóptimos del proceso educativo, y qué caminos era necesario emprender para mejorarlo, acotó Milton, ante el estupor de esas jefaturas, que lo necesario era “...al ingreso a la Facultad, obsequiar a todos los estudiantes ‘La Lógica Viva’,

de Vaz Ferreira...”. Poco tiempo después, en la Sociedad de Cirugía, de la que supo ser insigne Presidente, presentó un trabajo titulado “*Qué es el pie diabético*”. La ocasión fue propicia para una nutrida concurrencia, dadas la importancia clínica del tema propuesto y las credenciales del expositor. Sin embargo el epílogo fue decepcionante para muchos. No habían quizá leído el subtítulo: “*Ensayo de ontología médica*”. Y eso es lo que fue, una aproximación a la ontología, con pretensión de acercar esa otra pasión a sus colegas. Un estimado cirujano se sintió en el compromiso de opinar, ante el silencio estuporoso de los demás, para decir algo así como “...yo no entendí mucho, pero ¡qué importante que parece ser todo esto!...”. No faltaba a la verdad. Esa realidad persiste, en ese y en otros ámbitos de la sociedad, y justifican largamente su incansable perorar.

¡Cuánta incomprendición! ¡Cuánto esfuerzo hubo de ser necesario para que, recién años después y a través de una prédica perseverante, se pudiese haber abierto una todavía pequeña ventana de luz al entendimiento obtuso de todos nosotros, sus seguidores de siempre! ¡Cuánta soledad debió haber sentido, y quizá siga sintiendo! “*Si será importante acercarse al entendimiento, a la verdad!*”, habrá pensado, antes como ahora. Y esa es, justamente, una característica vital de Milton. Cada vez que habla lo hace dando la impresión de que su más íntima voluntad es acercarse lo más posible a la verdad. Habla con “*pretensión de verdad*”. Y como verdad, filosofía y ética van de la mano, y como siempre ajustó sus conductas a sus principios, quizá cansado, quizá decepcionado, Milton se alejó en aquellos tiempos de su querida Facultad de Medicina.

Pero su discurso y su lucha no cejaron, todo lo contrario, se incrementaron. En cuánto foro tuvo disponible apuntó a develar la verdad y a desenmascarar al farsante, muchas veces, como antes, ante la incomprendición y la oposición de la superficialidad imperante. Y así nació en 2004 ZÉTÈSIS, la búsqueda de la luz y de la claridad, la investigación de la verdad y de lo correcto. Esta breve reseña de su vida lo sitúa, evidentemente, en la privilegiada situación de ser un personaje sobresaliente y virtualmente insustituible dentro de la cultura nacional uruguaya.

Y este libro es una etapa clave más de su campaña incansable en pos de la lucidez. Es toda su peripecia vital en un tomo. Resulta una obra difícil de calificar y de describir. Su estructura “circular”, sin un principio y un fin, sin un curso lineal de desarrollo progresivo, elude el elogiable intento, ensayado por su editora Andrea Quadrelli, de ordenarla a través de un índice temático. Es que el texto “*surge*”, como la vida misma, espontáneo, desordenado, casi caótico en su esfuerzo notorio por ver la luz de lo que hay. Combina inteligentemente, largos tramos de estilo aforístico con otros sectores que lucen el estilo de breves ensayos, con orientación temática específica y alto grado de profundidad.

Las ideas metafísicas se hacen en la obra comprensibles a través de la proyección vital del autor. Lo intangible se vuelve concreto por medio de sus vivencias personales que son, de cierto modo, las de todos. Lo oscuro adquiere la claridad necesaria y suficiente, manteniendo

a la vez el misterio indevelable. Lo eterno se mezcla con lo cotidiano, en una combinación que es igual a la vida.

No sorprenden a quienes conocen al autor, ni el contenido ni la estructura de la obra, porque reflejan el pensamiento, la sistemática y la enseñanza que él ha predicado todos estos años, revelando, tanto en sus manifestaciones en *ZÊTÈSIS* como en el actual libro, un profundo conocimiento de los textos filosóficos originales difícil de igualar (¿cientos?, ¿miles de ellos?, leídos y releídos con fruición), a la par que una constante y productiva meditación personal respecto a los tópicos allí tratados. Todo esto, poco a poco, en un difícil, lento y constante proceso poyético, ha arrojado luz sobre las conciencias de quienes lo hemos seguido, a la vez que ha creado nuevo pensar original, el suyo, ahora plasmado en papel, y también el de sus seguidores, modesta y gradualmente, lo que, de alguna forma, nos enriquece y nos hace mejores personas. Seguramente lo mismo lograrán los lectores de su libro, al introducirse en su pensamiento.

Nos hizo en este tiempo, atisbar el pensamiento de Kant, Fichte, Schelling, Sartre y de tantos otros, aproximarnos intensamente a genios como Hegel y Heidegger, rasgar apenas el aura de incomprendión que a todos ellos los rodea, para permitirnos acceder así, en la medida de nuestras posibilidades, a un nuevo mundo maravilloso, el de las ideas inmortales de estas subjetividades inmensas, únicas e irrepetibles. Eso lo replica en su libro, casi sin mencionarlos, pero interpretándolos, viviéndolos, mostrándonoslos y haciéndonos vivirlos. Filosofía viva del vivir.

No es este un texto fácil para el no iniciado en la filosofía de la existencia, en el pensamiento especulativo, en la legítima metafísica, en la ontología, en el idealismo, en la fenomenología, en la hermenéutica. Es con esos ojos que hay que leerlo. No será, seguramente, de impacto mediático masivo ni se transformará en un best-seller destinado a la lectura ingenua, o en un manual de autoayuda. ¿Cuál es entonces la virtud de un libro como el presente?

La respuesta es que, lo que tenemos en la mano, es una verdadera ofrenda de vida. Milton se abre en su extraordinario libro como *dasein*, se arroja, sin ocultamientos ni pudores, en un generoso esfuerzo por brindarnos una luz en la existencia, en la nuestra, a través de la suya, y así nos ofrece un claro en el bosque, y sin proponérselo explícitamente, nos ayuda a ser. Están aquí, pues, en esta espléndida donación, toda la angustia y la pasión de la vida, las paradojas y las aporías de la existencia, la inmanencia constitutiva de todos nosotros, pobres mortales. Están, disecadas y expuestas desde su interioridad, en sus íntimas relaciones existenciales, la razón y las pasiones del espíritu, unidas e irreconciliables a la vez, el malestar insondable y el sufrimiento, junto a la suprema felicidad. Están las preguntas eternas nunca respondidas, pero que valen en sí mismas ya sólo como tales. Están todas las contradicciones que nos causan estupor, el placer y el dolor de la vida, el bien y el mal, la alegría y la melancolía, el caos y el orden, lo cierto y lo falso, la claridad y el misterio. Están la pulsión y el temor que nos frena. La comprensión y la duda. La fortaleza y la debilidad. La dignidad y la vergüenza. El tiempo,

el instante y la eternidad, la inmediatez y el horizonte. En una inteligente conjunción de abstracto y concreto, encontramos al yo y a la alteridad, a la identidad y a la diferencia. La preocupación de Milton se centra en lo patético, en lo particular tanto como en lo universal. Desde lo empírico se nos conduce, a través de la reflexión, a profundas consideraciones sobre el ser y el deber ser. La autoconciencia del autor está pintada, con precisas pinceladas, y a nuestra disposición, para nuestro provecho, para elucidar, para comprender. Estamos allí, en definitiva también, todos nosotros, abiertos, desnudos y descarnados, con nuestras subjetividades objetivantes, radicalmente iguales y diferentes, miserables y sublimes a la vez, creando mundo en nuestra manifestación de ser. Está, ... todo, sin estar nada.

Un libro humano, demasiado humano. ¡Cómo ayuda a existir! ¡Gracias Milton! ¡Gracias por hacernos más libres!

21 de febrero de 2018

237

Marzo
2018